

CAPÍTULO 51

Algunas veces mis padres me llevaban con ellos cuando iban «a la ciudad», es decir, a la calle King George o a la calle Ben Yehuda, a uno de los tres o cuatro cafés importantes que tal vez recordaban en algo a los cafés de las ciudades centroeuropeas de entreguerras: en aquellos locales estaban, a disposición de los clientes, periódicos en hebreo y en lengua extranjera, ensartados en largos palos, así como una selección de revistas, semanales y mensuales, en varios idiomas. Bajo las lámparas de cobre y cristal flotaba un murmullo extranjero difuso mezclado con el humo azul grisáceo del tabaco y un olor a otros mundos, mundos donde borbotaba una vida cómoda, una vida tranquila de estudio y camaradería.

En todas las mesas había señoras elegantes y caballeros respetables que hablaban en voz baja. Camareros y camareras con chaquetas blancas y un paño bien planchado doblado sobre el brazo iban y venían entre las mesas y servían a los clientes café hirviendo sobre el que flotaba un ángel blanco de crema montada, té de Ceilán en bolsitas individuales servido en pequeños cuencos de porcelana, bombones rellenos de licor, bizcochos, tartas de manzana con crema y de chocolate recubierto de vainilla, vasos de ponche caliente las tardes de invierno y también copitas de licor y de coñac (en el '49 y en el '50, los sucedáneos ocupaban el lugar del café y, al parecer, también el chocolate y la crema eran sólo sucedáneos).

En aquellos cafés mis padres se encontraban a veces con conocidos suyos que no tenían nada que ver con su círculo de vecinos, médicos de muñecas como el matrimonio Krohmal y polémicos funcionarios de correos como Stashek Rodnitzky. Ahí nos juntábamos con personas importantes como el señor Feferman, el jefe de mi padre en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, el editor Yehoshua Czeczik, que venía de vez en cuando, de Tel Aviv a Jerusalem por asuntos de negocios, algún joven y prometedor filólogo o historiador, de la edad de mis padres, a quien se le habían abierto las puertas de la universidad, así como investigadores y profesores, y también ayudantes cuyo futuro académico parecía allanado ante ellos. A veces mis padres conseguían encontrarse ahí con dos o tres escritores de Jerusalem a quienes mi padre tenía el honor de conocer: Dov Kimhi, Shraga Kadari, Yitzhak Shenhar, Yehuda Yaari. Hoy estos escritores casi han caído en el olvido, y también la mayoría

de sus lectores ha dejado ya este mundo, pero en aquellos días eran famosos y renombrados en todo el país.

Para esos encuentros mi padre se lavaba la cabeza antes de que oscureciera, sacaba brillo dos veces a sus zapatos hasta que resplandecían como diamantes negros, se ponía un bonito alfiler de plata en la corbata elegida, a rayas grises y blancas, me explicaba una y otra vez las normas de educación y lo que debía hacer: responder brevemente y con sensatez si alguien me hacía una pregunta. A veces, antes de salir hacia el café, añadía al afeitado de la mañana un afeitado especial de tarde, un afeitado extraordinario. También mi madre se ponía, para la ocasión, el collar de coral anaranjado, que le sentaba de maravilla al color aceitunado de su piel y le daba a su belleza retraída un tono exótico, como de mujer italiana o quizás griega.

Los investigadores y los escritores famosos se entusiasmaban con el ingenio y la erudición de mi padre: sabían que podían confiar en ese pozo de sabiduría en cuestiones en las que sus enciclopedias y manuales no podían salvarlos. Pero aún más que de la ayuda de mi padre y de su aprovechable competencia, disfrutaban visiblemente de la compañía de mi madre: su profunda e inspiradora capacidad de escuchar, provocaba en ellos una infatigable elocuencia. Algo en su presencia pensativa, en sus preguntas inesperadas, en su mirada, en sus comentarios que a veces arrojaban una luz distinta y desconcertante al tema de la conversación, les inducía a hablar y hablar, como movidos por una ligera embriaguez, de sus trabajos, de sus inquietudes creativas, de sus intenciones y sus logros. De vez en cuando mi madre insertaba una cita pertinente de los escritos de quien estaba hablando, mostrando una especial afinidad con las ideas de Tolstoy. O bien descubría el lado estoico de las cosas, o indicaba con un ligero movimiento de cabeza –su voz adoptaba en ese momento la cualidad del vino oscuro– que le había parecido advertir en el escritor sentado con nosotros a la mesa del café, un tono casi escandinavo, un eco del estilo de Hamsun y Strindberg, tal vez incluso una lejana resonancia de los escritos del místico Emanuel Swedenborg. Y así volvía mi madre a su silencio y a su tensa escucha, volvía a convertirse en un fino y diáfano receptáculo mientras ellos suspiraban, le otorgaban lo que tenían y lo que no tenían en mente y competían por atraer su atención.

Al cabo de los años tuve la oportunidad de encontrarme con dos de ellos, y me dijeron que mi madre era una mujer fascinante y también una lectora de gran talento, una lectora con la que sueña todo escritor en la soledad de su escritorio durante las extenuantes noches de trabajo. Era una lástima que no dejara nada escrito. Quién sabe, dijeron, es posible que con su muerte prematura perdiéramos a una escritora llena de inspiración, y eso en unos años en que se podía contar con los dedos de una mano el número de mujeres que escribían literatura en hebreo.

Si esos notables coincidían con mi padre en la biblioteca o por la calle, hablaban con él unos minutos de la carta que el ministro de Educación Dinur había enviado a los altos cargos de la universidad, de Zalman Shneour, que en la vejez intentaba ser Walt Whitman, o de quién ocuparía en el futuro la cátedra del profesor Klausner cuando dejara de enseñar literatura hebrea. Luego le daban una palmadita en el hombro y, con los ojos brillantes y la cara radiante, le decían que saludara a los suyos y en especial a su señora, ¡una mujer realmente maravillosa!, ¡una mujer culta!, ¡de tan buen gusto!, ¡tan artística! Era una palmadita afectuosa y amigable, pero en su fuero interno, tal vez lo envidiaran por tener una mujer así y quizá también ella los sorprendiera: qué habría encontrado en él, en ese hombre pedante, un gran erudito, trabajador, honesto, un investigador relativamente importante, pero, entre nosotros, algo escolástico y nada creativo.

Yo tenía un papel especial en esas conversaciones de café: primero debía responder con educación e inteligencia, igual que un adulto, a preguntas tan difíciles como cuántos años tenía, en qué curso estaba, si coleccionaba estampillas y premios, qué nos estaban enseñando en clase de historia, y qué en clase de hebreo, y si era un niño bueno, y qué había leído ya de Dov Kimhi (o de Yaari, o de Kadari, o de Even Zahav, o de Shenhar), y si quería a mis profesores, y a veces también si ya había empezado a interesarme por las jovencitas o aún no, si cuando creciera yo también sería profesor, o tal vez pionero, o general del ejército israelí. (En mi interior, por aquellos días llegué a la conclusión de que esos escritores eran personas algo falsas, e incluso un poco ridículas.)

Segundo, no debía molestar.

Ser inexistente. Transparente.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Sus conversaciones de café duraban al menos mil horas ininterrumpidas cada vez, y yo tenía que representar, durante toda esa eternidad, el papel de presencia muda, más aún que el ventilador que daba vueltas en el techo.

El castigo por traicionar la confianza en presencia de extraños podía ser un total arresto domiciliario que entraba en vigor cada día nada más volver del colegio y duraba dos semanas, o la revocación del permiso para jugar con los amigos, o la negación del derecho a leer antes de dormir durante las veinte noches siguientes.

Mientras que el gran premio por esas mil horas de soledad era un helado. O incluso una mazorca de maíz.

Casi nunca me dejaban comer helados, porque eran malos para la garganta y provocaban catarrros. Por lo que se refiere a las mazorcas de maíz, que se vendían en la esquina de la calle recién salidas de una caldera hirviendo, mazorcas calientes y aromáticas que un hombre sin afeitar te envolvía en una hoja verde y espolvoreaba con sal gruesa, casi nunca me dejaban comprarlas porque el hombre sin afeitar parecía poco limpio. El agua de su caldera seguro que estaba infestada de microbios. «Pero si Su Alteza logra mostrar, esta vez, en el café Atara, un comportamiento intachable, irreprochable, se actuará con benevolencia y se le permitirá elegir de camino de vuelta a casa entre una mazorca de maíz y un helado, como desee, ¡será una elección en toda regla, sin coacciones!»

Tal vez así, en los cafés, durante las interminables conversaciones entre mis padres y sus amigos sobre política e historia, sobre filosofía y literatura, sobre las disputas de los profesores de la universidad y las intrigas de redactores y editores, conversaciones cuyo contenido no podía comprender, tal vez por culpa de la soledad y el aburrimiento, me fui convirtiendo poco a poco en un pequeño espía.

Es decir, me inventé un juego secreto, un juego al que podía pasarme horas y horas jugando sin moverme, sin hacer ni un ruido, sin ningún accesorio, e incluso sin lápiz ni papel: miraba a los desconocidos del café e intentaba adivinar por su ropa y sus movimientos, por el periódico que estaban leyendo y por lo que pedían, quién era cada uno de ellos, de dónde era, lo que hacía normalmente, lo que había hecho antes de llegar al café y adónde iría después. Por la expresión de la cara me imaginaba qué estaba pensando esa mujer que se había reído sola dos veces, qué se le pasaba por la cabeza al chico delgado con gorra que no le quitaba ojo a la puerta y se desilusionaba cada vez que entraba un nuevo cliente. Y qué aspecto tendría la chica a

la que estaba esperando. Aguzaba el oído y robaba del aire fragmentos de conversaciones. Me inclinaba y observaba qué leía cada uno, quién tenía prisa por marcharse y quién permanecía sentado tranquilamente.

Y así, a partir de algunos indicios externos y poco fidedignos, me inventaba, para los clientes del café, tortuosas y escalofriantes biografías: una mujer con labios tristes y un gran escote, sentada dentro de una nube de humo junto a la mesa de la esquina, fumando sola, que ya por tres veces en menos de una hora, según el gran reloj de pared de encima del mostrador, se había levantado, había desaparecido en el baño de mujeres y había vuelto a sentarse frente a su taza vacía, se encendía un cigarro tras otro en una boquilla marrón y miraba de vez en cuando a una figura morena que estaba sentada con el abrigo puesto en la mesa de delante del perchero. Una vez se levantó y se acercó al hombre del abrigo, se inclinó, le dijo dos o tres palabras, a las que él contestó sólo con un ligero movimiento de cabeza, y volvió a sentarse en su sitio y a fumar: ¡qué cantidad de posibilidades tenía eso! ¡Qué mareante el rico caleidoscopio de tramas y de historias que se podía componer con esos fragmentos! ¿O tan sólo le habría pedido que le pasara el periódico *Haboqer* cuando terminara de leerlo?

Mis ojos intentaban en vano huir del contorno del generoso pecho de la mujer de la mesa del rincón, pero cuando los cerré el pecho se acercó exhalando su calor y casi cubriéndome la cara. Mis rodillas empezaron a temblar. Esa mujer estaba esperando a su amado, que había prometido venir y lo había olvidado, por eso estaba fumando así, con ansia, con desesperación, un cigarro tras otro, tomando una taza de café solo tras otra, para tragarse las lágrimas que tenía en la garganta. De vez en cuando desaparecía en el baño de mujeres para tapar con polvos las marcas de las lágrimas. Mientras, al hombre del grueso abrigo, el camarero le servía una copa de licor para mitigar el dolor por su mujer, que había huido con un amante joven: tal vez los dos, el amante y su compañera huida, estaban en ese preciso instante en un barco de lujo, bailando abrazados a la luz de la luna, que se reflejaba en las aguas del océano, festejando en cubierta una fiesta organizada por el capitán, con una música ensoñadora del cine Edison envolviendo su baile, de camino a uno de los enclaves turísticos más atrevidos y disolutos, Saint Moritz, San Marino, San Francisco, São Paulo, Sans Souci.

Desde ahí seguí tendiendo mi tela de araña: el joven amante, a quien me imaginaba como el engreído y viril marinero que aparecía en los paquetes de tabaco

Nelson, no era otro que el chico que le había prometido a la mujer fumadora acudir a la cita esta tarde y que ahora ya estaba a mil millas de aquí. Ella lo esperaba en vano. «¿No es cierto que también usted, señor, ha sido abandonado? ¿No es cierto que, al igual que yo, se ha quedado solo en el mundo?» Eso, en el hebreo de los libros de la editorial Amanut y los libros para niños de Tzvi Liebermann-Livne, fue lo que debió de preguntarle la mujer al hombre del abrigo cuando se acercó poco antes a su mesa y se inclinó hacia él y él le contestó asintiendo. Los dos abandonados no tardarían en levantarse y salir juntos del café. Y fuera, en la calle, se tomarían del brazo sin necesidad de decirse una sola palabra más.

¿Adónde irían?

La imaginación dibujaba avenidas y jardines, un banco bañado por la luz de la luna, un camino que conducía a una pequeña casa rodeada de un muro de piedra, la luz de una vela, persianas bajadas, música, y en ese punto la historia se volvía tan dulce y terrible que superaba mi capacidad para contármela, o para soportarla, y me apresuraba a alejarme con todas mis fuerzas de la historia de esa pareja que no era pareja. Entonces clavaba la vista en dos señores mayores que estaban sentados en una mesa contigua a la nuestra, jugando al ajedrez y hablando en hebreo-alemán, uno de ellos chupaba, acariciaba y mimaba entre sus dedos una pipa apagada de madera rojiza, el otro se secaba de vez en cuando, con un pañuelo de cuadros, el sudor invisible de su amplia frente. Una camarera llegó de pronto y le susurró algo al señor de la pipa, éste se disculpó en hebreo-alemán ante su amigo y también ante la camarera, se dirigió al teléfono, que estaba junto a la ventana que daba a la cocina, y habló. Después colgó, se quedó un momento inmóvil, indeciso, desconcertado, sin saber qué hacer, y regresó con las piernas temblorosas a la mesa de ajedrez; al parecer volvió a pedirle disculpas a su compañero de juego y también le explicó algo, en alemán en esa ocasión, luego dejó aceleradamente unas monedas en la esquina de la mesa y se dispuso a irse, pero su amigo se enojó y, casi a la fuerza, obligó al dueño de la pipa a meterse otra vez las monedas en el bolsillo, discutieron y, de repente, las monedas se esparcieron tintineando por debajo de varias mesas, entonces los dos señores dejaron de empujarse, se pusieron de rodillas y comenzaron a recoger las monedas.

En vano: pues yo ya había decidido que eran dos primos, los únicos supervivientes de toda su familia, que había sido asesinada por los alemanes. Y enriquecí la historia con una inmensa herencia y un sorprendente testamento según

el cual quien venciera al ajedrez lograría las dos terceras partes y el perdedor se tendría que conformar con un tercio de la herencia. Después incluí en la historia a una niña huérfana de mi edad, una huérfana enviada a un kibutz o a alguna institución educativa, y ella, la niña huérfana, ella y no los primos del ajedrez, era la verdadera heredera. En ese punto también yo me introducía en el relato: en el papel de paladín de los huérfanos que arrancaba la legendaria herencia de las manos de quien no era digno de ella y se la daba a quien le correspondía, a cambio de amor. Pero cuando llegaba al amor, mis ojos se cerraban de nuevo y volvía a sentir la urgente necesidad de interrumpir la historia y empezar a espiar a los clientes de otra mesa. O a la camarera coja de ojos negros y profundos. Así, al parecer, comenzó mi vida de escritor: en los cafés. Esperando un helado o una mazorca de maíz.

Aún sigo hurtando así. Sobre todo desconocidos. Sobre todo en lugares públicos muy concurridos. En la cola del hospital, por ejemplo. O esperando a las puertas de las oficinas, o en las estaciones de tren y en los aeropuertos. A veces también mientras conduzco, en los atascos, mirando a los viajeros de los coches vecinos: observo y me invento historias. Invento, observo, y vuelvo a inventar. ¿De dónde será esa mujer, por su ropa, por sus gestos, por sus movimientos mientras se retoca el maquillaje? ¿Cómo será su habitación? ¿Y su hombre? ¿O ese de allí, ese chico con patillas pasadas de moda, el que lleva el móvil en la mano izquierda y con la derecha hace todo tipo de aspavientos? ¿Por qué se va mañana a Londres? ¿En qué tipo de negocios está metido? ¿Quién lo espera allí, un hombre o una mujer? ¿Cómo serán sus padres? ¿De dónde serán? ¿Cómo sería él de pequeño? ¿Y cómo va a pasar la tarde y la noche cuando aterrice en Londres? (Ahora ya no me quedo aterrado en el umbral de los dormitorios sino que entro flotando y veo sin ser visto.)

Si los desconocidos perciben mi mirada escrutadora, yo les sonrío con aire distraído, como disculpándome, y aparto la vista: no tengo ningún deseo de desconcertar. Tengo mucho miedo de que me sorprendan mirando, de que mis víctimas me exijan explicaciones. Pero de todos modos, pasado un minuto o dos, ya no tengo ninguna necesidad de clavar la vista en los protagonistas de mis historias casuales: ya he visto cuanto necesitaba. Medio minuto y ya están atrapados en mi invisible máquina de *paparazzi*.

En una tienda, por ejemplo, en la cola que avanza ante la caja: delante de mí hay una mujer no muy alta, de unos cuarenta y cinco años, rellena, muy atractiva porque algo en su forma de estar, en la expresión de su cara, indica que ya lo ha experimentado todo y no se inquieta por nada, ni siquiera lo más extraño puede sobresaltarla, tan sólo provocarle cierta curiosidad divertida. Mientras que detrás de mí, hay un joven soldado de unos veinte años, triste, clavándole una mirada hambrienta al contorno de la mujer, que lo sabe. Por tanto, me aparto a un lado, para no taparla, les dejo una habitación libre con una alfombra mullida, les bajo las persianas, me apoyo en la puerta de esa habitación desde dentro, y la escena toma forma, con todo detalle, con el tono cómico de la tímida excitación de él y la nota conmovedora de la ternura y la bondad de ella. Hasta que la cajera me obliga a despertar alzando la voz: Sí, por favor. Con un acento que no es exactamente ruso sino, quizás, de una de las repúblicas asiáticas. Y ya estoy en Samarcanda, en la hermosa Bujara: camellos con dos jorobas, mezquitas de piedra rojiza y salas de oración circulares con sensuales cúpulas, y tapizadas con placenteras alfombras, me acompañan mientras salgo con la cesta de las compras en la mano.

Después de hacer el servicio militar, en el año 1961, la secretaria del kibutz Hulda me envió a estudiar dos años a la Universidad Hebrea. Estudié literatura, porque el kibutz necesitaba con urgencia un profesor de literatura de enseñanza media, lo que nosotros llamábamos «clases de continuación», y estudié filosofía porque me empeñé en estudiar filosofía. Cada lunes, de cuatro a seis de la tarde, había unas cien personas reunidas en el aula magna del edificio Meiser para oír el ciclo de conferencias del profesor Samuel Hugo Bergman sobre el tema «La filosofía dialéctica de Kierkegaard a Martin Buber». También Fania, mi madre, estudió filosofía con el profesor Bergman en Har Hatzofim en los años treinta, antes de casarse con mi padre, y él la recordaba con afecto y cariño. En el año 61 el anciano Bergman ya era un profesor jubilado, emérito, pero nosotros estábamos fascinados por su lúcida y penetrante sabiduría. Me emocionaba pensar que el hombre que estaba ante nosotros había sido compañero de clase de Kafka, y durante dos años – eso nos contó una vez– se sentó en el mismo pupitre que Kafka en el *gimnasium* de Praga, hasta que llegó Max Brod y le quitó el sitio.

Durante aquel invierno, Bergman invitaba a cinco o seis alumnos, los que le resultaban más simpáticos o por los que se interesaba más, a ir a su casa unas dos

horas después de clase. Todos los lunes, a las ocho de la tarde, yo llegaba en el autobús número 5 desde el nuevo campus de Guivat Ram al modesto piso del profesor Bergman en Rehavia. Un ligero olor, continuo y agradable, una mezcla de polvo de libros, pan recién hecho y geranios, flotaba en la habitación. Nos sentábamos en el sofá y en la alfombra a los pies de nuestro gran maestro, amigo de juventud de Kafka y de Martin Buber, y autor de los libros en los que estudiábamos la historia de la epistemología y los principios de la lógica, y permanecíamos en absoluto silencio esperando sus palabras. Samuel Hugo Bergman era un hombre corpulento incluso de viejo. Con su melena canosa, con sus sonrientes arrugas de ironía en las comisuras de los párpados, con su mirada suspicaz pero inocente y pura como la de un niño curioso, Bergman se parecía mucho al viejo Albert Einstein de las fotografías. Con su acento alemán-checo caminaba por la lengua hebrea no con naturalidad y propiedad sino con cierta solemnidad festiva, como un pretendiente feliz cuya amada por fin le correspondía y ya podía enorgullecerse y demostrarle que no se había equivocado con él.

Casi el único tema que trataba nuestro maestro en esos encuentros privados era la pervivencia del alma, o la posibilidad, si es que existía alguna posibilidad, de una existencia después de la muerte. De eso nos hablaba las tardes de los lunes de aquel invierno, mientras la lluvia golpeaba las ventanas y el viento silbaba en el jardín. A veces nos pedía nuestra opinión y escuchaba atentamente, no como un maestro paciente vigilando los pasos de sus alumnos, sino como alguien que estuviera oyendo una obra musical muy compleja y entre todos los sonidos tuviese que localizar uno especial, menor, y determinar su autenticidad.

–Nada –nos dijo una de aquellas tardes inolvidables para mí, hasta tal punto no lo he olvidado que creo que podría repetir sus palabras casi al pie de la letra–, nada desaparece. Jamás. De hecho la palabra «desaparición» supone que el universo es aparentemente finito y que es posible alejarse de él. Pero naaada (alargó a propósito esa palabra), naaada sale jamás del universo. Ni tampoco entra en él. Ni una sola mota de polvo desaparece ni se añade. La materia se transforma en energía y la energía, en materia, los átomos se unen y se vuelven a separar, todo cambia y se transforma, pero naaada puede pasar de ser a no ser. Ni el más minúsculo pelo que pueda brotar en la punta de la cola de un virus. El concepto de infinito es completamente abierto, abierto hasta el infinito, pero al mismo tiempo es un concepto cerrado herméticamente: nada sale y nada entra.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

Pausa. Una sonrisa desnuda e ingenua se expandía como la luz del ocaso por el paisaje de arrugas de su rostro rico, fascinante:

–Y entonces por qué, tal vez alguien pueda explicármelo, por qué se empeñan en decirme que lo único que se aparta de esta regla, lo único que está destinado a ir al infierno, a convertirse en no ser, lo único a lo que le espera la aniquilación total en todo el universo, donde ningún átomo puede reducirse a la nada, es precisamente a mi pobre alma. ¿Es que cualquier mota de polvo y cualquier gota de agua va a continuar existiendo eternamente, aunque con otra forma, todo excepto mi alma?

–El alma –murmuró algún joven y perspicaz genio desde un rincón de la habitación– aún no la ha visto nadie.

–No –aceptó Bergman de inmediato–, pero tampoco a las leyes de la física y las matemáticas se las encuentra uno por los cafés. Tampoco la sabiduría, la necesidad, el placer o el miedo. Nadie ha metido aún una pequeña muestra de alegría o de nostalgia en una probeta. Pero, mi querido joven, ¿quién te está hablando ahora? ¿Los humores de Bergman te están hablando? ¿Su bazo? ¿Será por casualidad el intestino grueso de Bergman el que está filosofando contigo? ¿Y quién, perdóname, provoca en este momento esa sonrisa tan poco agradable en tus labios? ¿No es tu alma? ¿Los cartílagos tal vez? ¿Los jugos gástricos?

Y en otra ocasión dijo:

–¿Qué nos espera después de la muerte? Naaadie lo sabe. De cualquier modo, es un desconocimiento que comporta cierta demostración o cierto potencial de persuasión. Si yo cuento esta tarde que a veces oigo la voz de los muertos y que su voz es más clara y comprensible para mí que la mayoría de las voces de los vivos, tienen todo el derecho a decir de inmediato que este viejo se ha vuelto loco. Que ha perdido un poco la cabeza por el espanto que le causa la cercanía de la muerte. Por tanto no les hablaré de voces, esta tarde les hablaré de matemáticas: como naaadie sabe si hay algo o no hay nada más allá de nuestra muerte, de este desconocimiento absoluto se puede concluir que la posibilidad de que exista algo es exactamente igual a la posibilidad de que no exista nada. Un cincuenta por ciento para la aniquilación y un cincuenta por ciento para la pervivencia. Para un judío como yo, un judío de Centroeuropa de la generación del holocausto nazi, esa posibilidad de pervivencia completamente estadística no es en absoluto despreciable.

Por aquellos años también a Gershom Scholem, amigo y adversario de Bergman, le fascinaba al tiempo que lo mortificaba la cuestión de la vida después de la muerte. La mañana en que informaron por la radio de la muerte de Scholem escribí:

Gershom Scholem ha muerto esta noche. Ahora lo sabe.

También Bergman lo sabe ya. También Kafka. Y mi madre y mi padre. Y sus conocidos y amigos, y la mayoría de los hombres y mujeres de aquellos cafés, aquellos que utilicé para contarme historias y aquellos que ya han caído en el olvido, todos lo saben ahora. Algún día también nosotros lo sabremos. Y mientras tanto seguiremos recopilando aquí diferentes datos. Por si acaso.

CAPÍTULO 52

En 1949, unos pocos meses después del final de la guerra y del asedio a la Jerusalem judía, fui con mi padre y con Yacob David Abramsky a visitar al escritor Yehoshua Heschel Yevin. En su casa nos encontramos con el apasionado poeta Uri Zvi Greenberg, a quien yo ya conocía porque era uno de los que frecuentaban la casa del tío Yosef. Y puede que ese día también estuviera invitado el escritor y periodista Aba Ajimeir. Uri Zvi echaba chispas y lanzaba rayos y truenos, condenaba a los rojos miserables que habían renunciado a la explanada del Templo a cambio del fértil kibutz Degania, y a la tumba de Raquel por mantener sus novillos en los establos del kibutz Mizra o Merhavia. El señor Abramsky, siguiendo su ejemplo, llamó a Ben Gurión «enano malvado», y a Shertok lo llamó «intermediario diaspórico que se rebajaba y coqueteaba con los gentiles e intentaba conquistarlos con ocurrentes y enredosas argumentaciones talmúdicas». Aba Ajimeir me señaló y dijo que la juventud nacida aquí, los cachorros de león de Judá, en ambos sentidos, pronto se alzarían y liberarían el proceso de redención sionista del poder corrompido del gusano de Jacob. Sólo cuando nos liberásemos del gusano interior sería liberada también la patria oprimida, Sión y Efraim, el monte Hebrón y Jericó, el Basán, el Golán y el monte Sinaí, Guilad y Moab, y los ríos de Arnón y Vaheb en Sufá.

Y también había un hombre con una perilla puntiaguda, el profesor Strauss-Ashtor, que recomendaba con furia «enviar a Golda Meyerson y al resto de las vacas a lavar calzoncillos al kibutz y a calentar las camas de la comuna», pero enseguida lo hicieron callar. También a mi padre, que al parecer era el más moderado de todos, lo hicieron callar cuando al final abrió la boca y observó tímidamente que, después de todo, no había que olvidar que también la gente de los kibutzim había luchado con supremo heroísmo en la guerra de la Independencia, y que el Palmaj...

Pero el poeta Uri Zvi no quería escuchar. Rechazó con desprecio el vaso de té que le ofrecían y dijo en tono afligido:

–¡Ellos no desean la explanada del Templo! ¡No desean Anatot ni Silo!
¡Pudieron liberarlos y no lo hicieron! ¡Tenían en sus manos la vasija del aceite!,
¡pudieron purificar el santuario y no lo hicieron!, ¡no encendieron la llama del Señor!
El milagro estaba ahí, al alcance de la mano, pero no quisieron: ¡Dales una

comunidad, pero no un reino! ¡Dales un hormiguero, pero no una nación! ¡Sillones de ministros, pero no redención! –se cubrió la cara con las manos y tal vez gimió–. ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Todo está perdido! Desde el cielo se nos dio el tercer reino de Israel, bañado en sangre se nos ofreció, y no en la salsa de la diplomacia, con fuego y no con la benevolencia de las naciones, pero nosotros hemos vuelto a preferir el becerro de oro al esplendor del reino...

Yo era un niño nacionalista ferviente cuando hacía cuarto y quinto en el colegio Tajkemoní. Escribí un relato histórico titulado *El fin del reino de Judea* y varios poemas de conquista, poemas sobre los macabeos y Bar Kojba y poemas sobre la grandeza nacional que se parecían a las entusiastas rimas patrióticas del abuelo Alexander e intentaban imitar el himno del Beitar y el resto de los cantos nacionales de Zeev Jabotinsky: «...¡Fuego, prende!/ El silencio es fango./ ¡Sangre, libérate/ por la gloria destruida!...». También estaba influido por los cantos de los partisanos judíos y los rebeldes del gueto: «...¡Y cuando una gota de nuestra sangre se derrame allí/ aumentará la fuerza de nuestro espíritu heroico!...», y por los poemas de Saúl Tchernijovsky que mi padre nos leía con exaltado patetismo: «¡Melodía de sangre y fuego! ¡Sube al monte y devasta los prados!, todo lo que veas, ¡arrásalo!». Lo que más me conmovía era «Soldados anónimos», el oscuro y ardiente poema del general del Leji, Abraham Stern, apodado Yair. Solo en la cama, después de apagar la luz, recitaba con dramatismo pero en voz baja: «Soldados anónimos somos sin uniforme/ nos rodean terror y muerte/ nos hemos enrolado de por vida/ de las filas sólo nos sacará la muerte/... en días rojos de persecución y sangre/ en noches negras de desesperación/ en ciudades y pueblos nuestra bandera izaremos/ y en ella defensa y conquista...».

Esas tormentas de sangre, tierra, fuego y hierro me provocaban una intensa embriaguez. Me imaginaba caído heroicamente en el campo de batalla, la pena y el orgullo de mis padres, y sin embargo –sin contradicción alguna–, después de mi heroica muerte, después de disfrutar conmovido de los solemnes sermones fúnebres pronunciados por Ben Gurión y Begin en mi funeral, y después de estar de duelo por mí mismo y de hacerme un nudo en la garganta al ver el monumento de mármol y los versos de alabanza escritos en mi memoria, siempre me libraba de mi muerte temporal y volvía sano y salvo lleno de autoestima, me nombraba comandante en jefe del ejército israelí y conducía a mis legiones a liberar con sangre y fuego todo lo

que los gusanos diaspóricos de Jacob no habían osado liberar de las manos de los opresores y los enemigos.

Menahem Begin, el legendario comandante de la resistencia, era el principal ídolo de mi infancia por aquellos años. Ya antes, durante el último año del Mandato Británico, el anónimo comandante del movimiento clandestino desencadenaba mi fantasía: me lo imaginaba envuelto en una majestad primordial y bíblica. Me imaginaba su secreto cuartel general en uno de los inhóspitos desfiladeros del desierto de Judea. Descalzo, con una correa de cuero en el torso, echando chispas como el profeta Elías en las grutas del monte Carmelo, y desde allí, desde aquella cueva perdida, transmitía sus órdenes por medio de jóvenes de aspecto inocente. Cada noche, el largo brazo del jefe de la resistencia llegaba hasta el corazón mismo del poder británico opresor, hacía saltar por los aires con dinamita cuarteles generales y posiciones militares, derribaba muros y hacía estallar depósitos de armas, y arrojaba su ira sobre las defensas del adversario, a quien, en las octavillas que escribía mi padre, se le llamaba: el enemigo anglonazi. O también: Amalec. La pérfida Albión (mi madre, sin embargo, dijo una vez sobre los británicos: «Amalec o no Amalec, quién sabe si no empezaremos pronto a echarlos de menos»).

Después de la creación del Estado de Israel, el comandante en jefe de las fuerzas de la resistencia judía salió por fin de su escondite y su fotografía apareció un día en el periódico encima de su nombre: no Arie Ben Shimshon ni Ivriahu Ben Kedumim, sino Menahem Begin. Me quedé pasmado: el nombre de Menahem Begin tal vez fuera propio de algún comerciante de la calle Sofonías que hablara idish o de algún fabricante de pelucas y fajas con dientes de oro de la calle Gueulá. Y de repente, qué desilusión la mía, el héroe de mi juventud aparecía en la foto del periódico como un hombre frágil, delgado, con unas grandes gafas sobre su cara pálida, en la que sólo su bigote daba testimonio de su secreto vigor. Pero, unos meses más tarde, ese bigote había volado. El aspecto, la voz, el acento y la forma de hablar del señor Begin no me recordaban a los conquistadores de Canaán ni a Judas macabeo, sino a mis débiles profesores del Tajkemoní, que también eran personas agitadas por un turbulento fervor nacional o una furia incontenible, pero tras su heroísmo emergía por momentos un nerviosismo santón unido a una latente acidez.

Y un día, sin duda gracias a Menahem Begin, perdí de pronto las ganas de «derramar mi sangre/ por una gloriosa meta». Abandoné la idea de que «el silencio es fango». Con el tiempo llegué a la conclusión contraria.

Cada varias semanas, media Jerusalem se reunía el sábado, a las once de la mañana, para oír los discursos inflamados de Menahem Begin en las reuniones del movimiento Jerut en el cine Edison, que era el local más grande de la ciudad y en cuya fachada había carteles que anunciaban la próxima actuación de la ópera israelí bajo la dirección de Fordhaus Ben Zisi. El abuelo se engalanaba para la reunión en el Edison con su elegante traje negro y una corbata de satén azul. El triángulo de su pañuelo blanco asomaba por el bolsillo de su chaqueta como un copo de nieve en un día caluroso. Cuando entrábamos en la sala, una media hora antes de que empezara el acto, él agitaba su sombrero en señal de saludo y hacía ligeras reverencias a sus conocidos. Y yo, peinado y vestido de gala, con una camisa blanca y unos zapatos relucientes, avanzaba con mi abuelo directamente hacia la segunda o tercera fila, donde se habían reservado algunos asientos para hombres como el abuelo Alexander, miembros del comité jerosolimitano del «movimiento Jerut, una de las bases de la organización militar nacional». Nos sentábamos, el abuelo y yo, entre el profesor Yosef Yoel Rivlin y el señor Eliahu Meridor, o entre el doctor Israel Sheib-Eldad y el señor Hanoch Kalai, o al lado del señor Itzik Remba, director del periódico *Jerut*.

La sala estaba siembre abarrotada de simpatizantes del Etzel y de admiradores del mítico Menahem Begin, casi todos hombres, y entre ellos los padres de la mayoría de mis compañeros de clase del Tajkemoní. Pero había una sutil e invisible línea que separaba las tres o cuatro primeras filas, las filas reservadas a respetables intelectuales, veteranos del Beitar, funcionarios del movimiento revisionista, ex comandantes de la organización Etzel, casi todos originarios de Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, de la masa sefaradí, bújara, yemení, kurda y halabí que poblaba el resto de la sala. Esa masa excitada se apretujaba en las galerías, en los pasillos, a lo largo de las paredes e incluso en el recibidor y en la calle, en la explanada que había delante del Edison. En la zona delantera se hablaba de nacionalismo y revolución con deseos de gloria y de victoria, se citaba a Nietzsche y Manzoni, pero reinaba un ambiente pequeño burgués de evidente cortesía: trajes, sombreros, corbatas, buenos modales y cierta pompa de salón que ya entonces, a comienzos de los años cincuenta, desprendía un ligero olor a naftalina y moho.

Tras las tres o cuatro filas de los hombres del «círculo restringido» se agitaba y alborotaba, sin embargo, un vasto mar de fervientes creyentes: llenos de fervor y fe se amontonaban allí artesanos, fruteros y obreros, muchos con kipá, pues iban directamente de la oración matutina en la sinagoga a oír a su héroe y guía, el señor Begin, judíos con una dura vida y ropa humilde, fogosos, exaltados, predispuestos al entusiasmo y a la aclamación.

Al comenzar la reunión se cantaban canciones del Beitar, y al final se cantaban el himno del movimiento y el himno nacional. El escenario del Edison estaba decorado con un montón de banderas, una fotografía gigantesca de Zeev Jabotinsky, dos filas de jóvenes del Beitar con uniformes y corbatas negras -cómo deseaba crecer y ser uno de ellos-, y también con consignas estremecedoras como: «¡Yodefet, Masada, Beitar!», «Si te olvido, Jerusalem, sea olvidada mi derecha» y «¡Con sangre y fuego Judea ha caído, con sangre y fuego Judea se levantará!».

Tras dos o tres «discursos de calentamiento» pronunciados por los jefes del comité jerosolimitano, todos los que estaban sentados en la mesa de la presidencia se fueron y el escenario de pronto se quedó vacío. También los jóvenes del Beitar bajaron con paso marcial. Un silencio profundo, religioso, cubrió la sala del Edison como una brisa muda. Todas las miradas se clavaron en el escenario vacío y todos los corazones palpitaban. De pronto, tras un largo rato de espera silenciosa, algo se agitó en el fondo del escenario, una pequeña grieta apareció por un instante entre las dos cortinas de terciopelo que tapaban la pantalla, un hombre pequeño y delgado empezó a caminar con paso elegante hacia el micrófono y se detuvo humildemente ante el pueblo, con la cabeza inclinada, como por timidez. Sólo tras unos segundos de estupor, empezaron a sonar en los márgenes de la sala los primeros y dubitativos aplausos: era como si el pueblo se resistiese a creer lo que veía, como si en cada ocasión se sorprendiera de nuevo de que Begin no fuese un gigante que echaba chispas sino un hombre delicado y frágil. Pero enseguida aumentaron los aplausos y, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtieron en gritos de amor que acompañaron casi todo el discurso de Begin.

Estuvo unos segundos sin moverse, con la cabeza inclinada y los hombros caídos, como diciendo sin palabras: «No soy digno de merecer esta veneración», o: «Se inclina mi alma por el peso de vuestro amor». Después extendió los brazos como

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

saludando a la multitud, sonrió tímidamente, los bajó y empezó a hablar con voz temblorosa, como un actor principiante dominado por el miedo escénico:

–Buenos días a todos y cada uno de ustedes, hermanos y hermanas. Hijos de mi pueblo. Hijos de Jerusalem, nuestra ciudad santa y eterna.

Guardó silencio. De repente dijo en voz baja, con gran tristeza, como en un lamento:

–Hermanos y hermanas. Éstos son días difíciles para nuestro joven y querido Estado. Días difíciles sin parangón. Días terribles para todos nosotros.

Poco a poco fue superando su tristeza, parecía estar sobreponiéndose, reuniendo fuerzas, y entonces añadió, aún en voz baja, pero con una fuerza interior contenida, como si tras esa cortina de silencio se ocultara una advertencia reprimida pero muy seria:

–Los dientes de nuestros enemigos vuelven a rechinar en la oscuridad y nuestros adversarios traman vengarse de nosotros por su humillante derrota en el campo de batalla. Las grandes potencias vuelven a conspirar. Todo sigue igual. En cada generación intentan exterminarnos. Pero nosotros, hermanos y hermanas, también esta vez los venceremos. Como lo hemos hecho en más de una ocasión. Con coraje triunfaremos. Con fe inquebrantable triunfaremos. Con la cabeza bien alta. Jamás, jamás conseguirán ver a esta nación de rodillas. ¡Jamás! ¡Hasta la última generación!

En las palabras «¡jamás, jamás!» su voz se elevó hasta convertirse en un desgarrador grito impregnado de una dolorosa y trémula vibración. Y la multitud no vitoreó en esa ocasión sino que chilló de rabia y dolor.

–¡La eternidad de Israel! –dijo el orador en voz baja y con autoridad, como si en ese mismo instante volviera de una reunión ejecutiva en el cuartel general de la Eternidad de Israel–, ¡la roca de Israel se volverá a levantar y frustrará y hará pedaaazoss las maquinaciones de nuestros adversarios!

La multitud desbordaba gratitud y amor que expresaba con aclamaciones rítmicas, «¡Begin! ¡Begin!». También yo me puse en pie de un salto y empecé a gritar su nombre con toda la potencia de mi voz, que también empezaba ya a cambiar.

UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

–Con una condición –dijo el orador levantando la mano, con seriedad, casi con indignación, antes de una pausa en la que pareció reflexionar sobre la naturaleza de esa condición, como si dudase si era conveniente exponerla delante de la multitud. Un silencio mortal reinaba en la sala–. Con la única, necesaria, vital y crucial condición –y volvió a callarse. Su cabeza estaba inclinada. Como doblegada bajo el terrible y pesado yugo de la condición. Y la multitud estaba tan tensa que pude oír el zumbido de los ventiladores fijados al alto techo de la sala. –¡Con la condición de que nuestra jefatura, hermanos y hermanas, sea una jefatura nacional y no un grupo de atemorizados judíos del gueto temerosos hasta de su propia sombra! ¡Con la condición de que el gobierno de Ben Gurión, fracasado y doblegado, humillado y pisoteado, ultrajado y mancillado sin tregua, deje paso inmediatamente a un gobierno hebreo orgulloso y osado, a un gobierno de emergencia que sepa infundir terror a nuestros adversarios, igual que nuestro glorioso ejército, el ejército de Israel, que da miedo y hace temblar a todos los enemigos de Israel con sólo oír mencionar su nombre!

En ese punto la sala tembló y el entusiasmo se desbordó, las palabras «el gobierno fracasado de Ben Gurión» y lo que vino después provocaron gritos de animadversión y desprecio entre la multitud. Desde uno de los palcos alguien gritó con voz ronca: «¡Muerte a los traidores!», y en otro rincón un coro exaltado empezó a repetir: «¡Begin, Begin al poder! ¡Ben Gurión, vete a casa!».

Pero el orador los hizo callar y sentenció lentamente, poco a poco, en el tono de voz de un maestro severo amonestando a sus alumnos sin piedad:

–No, hermanos y hermanas. Así no. No alboroten, por favor. No con gritos y violencia, sino con una elección democrática serena y digna. No con los métodos engañosos y vandálicos de esos rojos, sino con la honradez y la grandeza que hemos aprendido de nuestro insigne maestro Zeev Jabotinsky. No con odio hacia nuestros hermanos ni con exaltación, sino con frío desprecio, así los mandaremos pronto a casa. A todos. A los que venden la tierra patria y a los que están vendidos a Stalin. A los cebados líderes de los kibutzim y a todos los déspotas arrogantes y presuntuosos de la Histadrut bolchevique, a todos los pequeños *zhadanovis* y a todos los grandes ladrones. ¡A casa! ¿Acaso no están todo el día con esa pomposa palabrería de trabajar la tierra y secar los pantanos? Bien. Muy bien. Pues les mandaremos con toodos los honores a trabajar un poco la tierra. ¡Ellos ya han olvidado por completo lo que es el trabajo! Será estupendo ver quién es capaz de tomar siquiera una azada.

¡Hermanos y hermanas, nosotros secaremos los pantanos!, pronto, hermanos y hermanas, pronto, paciencia, un poco más de paciencia, ¡secaremos de una vez por todas el pantano de ese fangoso gobierno del Mapai! ¡De una vez por todas lo secaremos, hermanos y hermanas! ¡Definitivamente lo secaremos! Y ahora repitan conmigo, como un solo hombre y en voz alta, este compromiso: ¡De una vez por todas! ¡De una vez por todas! ¡De una vez por todas! ¡Definitivamente! ¡Definitivamente! ¡Definitivamente!¹¹²

La multitud estaba fuera de sí. Y yo también. Parecía que todos nos habíamos convertido en células de un furioso cuerpo gigantesco que hervía de ofensas y sed de justicia.

Y entonces se produjo mi caída. Llegó el momento de la expulsión del paraíso: el señor Begin empezó a hablar de la próxima guerra y de la imparable carrera armamentística en todo Medio Oriente. Pero el señor Begin, como todos los miembros de su generación, fuesen del partido que fuesen, utilizaba para decir «arma» la palabra que después pasó a significar «pija». Y, en consecuencia, a «armarse» lo llamaba «cojer». Y a la carrera armamentística la llamaba (también se hacía en las páginas de los periódicos) «la carrera de la cojida».

La línea divisoria estaba, más o menos, entre los jóvenes nacidos en Eretz Israel, casi todos los que entonces tenían menos de veinticinco años, y los que tenían más de veinticinco o habían estudiado la lengua hebrea en los libros (mi padre, por ejemplo, adoptó gustoso de la jerga la palabra «alquitrán», o «alquitranado», que quería decir «una mierda», pero la pronunciaba con poco ímpetu y la empezó a usar cuando todos los jóvenes ya habían dejado de hacerlo. Con gran alegría bromeaba

¹¹² La idea de la Tierra de Israel indivisa es una bandera histórica del sionismo revisionista. Jabotinsky fue un gran impulsor de la idea de que el futuro Estado judío debía extenderse a lo largo de toda la Tierra de Israel. Begin fue, durante la mayor parte del tiempo, un fiel seguidor de Jabotinsky en este sentido. Como comandante del Irgún, llamó a rechazar el plan de partición de Palestina propuesto por la ONU y liberar toda la Tierra de Israel. Como líder de la oposición en la Kneset, criticó una y otra vez la fórmula de Tierras por paz (es decir, la idea, propuesta principalmente, aunque no exclusivamente, por líderes del sionismo socialista, de que es posible llegar a un entendimiento con los palestinos mediante compromisos territoriales). De esta manera, Begin fue el gran adversario de Ben Gurión y su victoria en las elecciones de 1977 fue vista como un cambio radical en la política israelí (desde que él ganó, hubo 7 Primeros Ministros provenientes del partido de derecha Likud). Sin embargo, contra todos los pronósticos, fue también el primer Primer Ministro de Israel que firmó un acuerdo de paz con un Estado árabe: los acuerdos de Camp David.

mi padre con sus invitados sobre el hecho de que «en nuestro agradable país todo está “alquitranado”, ¡excepto las carreteras!»).

El señor Begin dio dos o tres tragos de su vaso, examinó al público, movió tres o cuatro veces la cabeza de arriba abajo, como confirmando sus propias palabras, o como lamentándose, y empezó a enumerar en tono amargo y acusador, como un fiscal enfurecido que enuncia una serie inapelable de incisivos argumentos:

–¡El presidente Eisenhower se coje al régimen de Nasser!

»¡Bulganin se coje a Nasser!

»¡Guy Mollet y Anthony Eden se cojen a Nasser!

»¡El mundo entero se coje día y noche a nuestros enemigos árabes!

Pausa. La voz del orador se llenó de desprecio y aversión:

–¿Y quién se coje al gobierno de Ben Gurión?

Un silencio desconcertado cubrió la sala. Pero el señor Begin no se percató. Alzó la voz y declaró de forma triunfal:

–Si yo fuera el primer ministro ahora, ¡todos, todos nos cojerían! ¡Todos!

Algunos tímidos y dubitativos aplausos se oyeron entre los ancianos de las filas ashkenazim. Mientras que toda la muchedumbre de detrás al parecer se quedó desconcertada, incrédula de lo que acababa de oír, o tal vez sufrió un ligero shock. En todo ese silencio perplejo que reinó por un instante en la sala del Edison sólo hubo un niño, un niño nacionalista de unos doce años, un niño político de pies a cabeza, un niño beginista entusiasta con camisa blanca y zapatos relucientes como un espejo, que no pudo contenerse y de repente se echó a reír.

Y ese niño intentó con todas sus fuerzas sofocar la risa, quería morir ahí mismo de vergüenza, pero la risa asustada, histérica, aumenta y estalla al querer contenerla: una risa asfixiante, casi hasta las lágrimas, una risa ronca con irrupciones de ruidos disonantes, una risa similar al sollozo, similar al ahogo.

Desde todas partes se clavaron en ese niño miradas de asombro y temor. Y desde todas partes cientos de dedos se posaron sobre cientos de labios y comenzaron a hacerle ssshhh, ssshhh. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Y desde todas partes, hombres ilustres encolerizados reprendieron al horrorizado abuelo Alexander. Puede que a lo lejos, por detrás, al niño le pareciese que una risa anárquica, desde un rincón de la sala, respondía a la suya, y luego otra. Pero aquellas risas, si se produjeron, estallaron en los remotos suburbios del pueblo, mientras que la suya fue inundando el centro de la tercera fila, de la respetable fila llena de veteranos del Beitar y de personalidades del Jerut, todas conocidas y respetables.

Y el orador también lo miró, interrumpió su discurso, esperó pacientemente, le sonrió con tacto y generosidad, hasta que el abuelo Alexander, ruborizado, atónito y encolerizado como si el mundo entero se hubiese desplomado sobre él, agarró al niño por la oreja, lo levantó con furia, lo arrastró «de la oreja» delante de toda la tercera fila, delante de toda la multitud de Jerusalem amante de la patria, tiraba y arrastraba, tiraba y arrastraba, tiraba y bramaba con desesperación (puede que justo así, «de la oreja», lo arrastrara a él la abuela Shlomit, con la fuerza de un batallón, hasta la casa del rabino de Nueva York después de que, a pesar de estar comprometido con ella, en el barco, de camino a América, se enamorara de repente de otra señora).

Y cuando salieron los tres del Edison, el furioso arrastrador, el arrastrado, asfixiado y llorando de la risa, y la pobre oreja roja como un pimiento, el abuelo alzó la mano derecha y me propinó una buena bofetada en la mejilla derecha, y después levantó la izquierda y me abofeteó en la mejilla izquierda con toda la fuerza de su odio a la izquierda, y como era de derecha no quiso terminar con la izquierda, por lo que volvió a abofetarme en la mejilla derecha, no un tortazo enclenque, diaspórico y reconciliador propio del gusano de Jacob, sino un tortazo enérgico, nacional y triunfante, un tortazo altivo, lleno de dignidad y furia.

Yodefet, Masada, Beitar la conquistada perdieron, tal vez fuera cierto que se alzarían con valor y dignidad, pero sin mí. Y el movimiento Jerut y el Likud perdieron esa mañana a alguien que podía haberse convertido con el tiempo en uno de sus pequeños caudillos, en un orador apasionado, tal vez en un parlamentario retórico o un viceministro sin cartera.

Jamás he vuelto a mezclarme alegremente con una multitud enfervorecida, ni a ser una molécula ciega y feliz dentro de un gigantesco cuerpo sobrehumano. Todo lo contrario: se me desarrolló el miedo a las multitudes, una evidente fobia que me hace salir huyendo de cualquier lugar atestado de gente. La frase «el silencio es fango» la considero desde entonces como un síntoma de una peligrosa y extendida enfermedad. En la expresión «sangre y fuego» siento un sabor a sangre y un olor a carne humana chamuscada. Como en las llanuras del Sinaí septentrional durante la guerra de los Seis Días, como entre los tanques quemados en el Golán durante la guerra de Iom Kipur.

El libro autobiográfico del profesor Klausner, del tío Yosef, un libro del que he tomado muchas cosas de las que he contado aquí sobre la historia de la familia Klausner, se llama *Caminos hacia la resurrección y la redención*. Aquel sábado, mientras el buen abuelo Alexander, el hermano del tío Yosef, me arrastraba de la oreja hacia fuera, emitiendo unos sonidos rabiosos semejantes a gemidos de miedo y locura, aquel mismo día parece que comencé a huir de la resurrección y la redención. Aún hoy no he dejado de hacerlo.

Pero no sólo huí de eso: la asfixiante vida de sótano entre mi madre y mi padre, y entre ellos y la multitud de libros, las pretensiones, la ahogada y negada nostalgia de Rovno y Vilna, de una Europa materializada en nuestra casa en un carrito negro de té y unas servilletas de batista blanca, la carga de la destrucción de la vida de él y la herida del fracaso de la vida de ella, aquellas caídas que sin necesidad de palabras se me había encargado transformar a su debido tiempo en victorias, todo eso me desquiciaba hasta el punto de querer escapar. En otras épocas los jóvenes abandonaban la casa de sus padres y se iban a encontrarse a sí mismos, o a perderse a sí mismos, en Eilat o en el desierto del Sinaí. Y después se iban a Nueva York o a París, y luego a los templos de la India, a las selvas de Sudamérica o a las montañas del Himalaya, a donde huye Rico, el hijo único de mi libro *El mismo mar*, tras la muerte de su madre. Pero a comienzos de los años cincuenta «el polo opuesto» a la opresión de la casa paterna era el kibutz: allí, lejos de Jerusalem, «más allá de las montañas oscuras», en Galilea, en Sharón, en el Néguev y en los valles, estaba creciendo –eso nos parecía por aquellos días en Jerusalem– una nueva raza de pioneros fuertes, serios pero no complicados, parcos en palabras, reservados, capaces de un torbellino de danzas arrebatadoras hasta la embriaguez, pero hechos también para la soledad y la reflexión, para la vida del campo: chicos robustos y chicas fuertes dispuestos a realizar cualquier trabajo duro pero también con una vida espiritual

profunda y llena de sentimientos reprimidos. Quería ser como ellos para no ser como mi padre, como mi madre y como todos los intelectuales refugiados y melancólicos que poblaban la Jerusalem judía. Y, por tanto, al cabo de un tiempo me inscribí en el movimiento de los Scouts, cuyos miembros pretendían alistarse al terminar los estudios en las filas del Najal, las juventudes pioneras combatientes, para proseguir en el camino de «el trabajo, la defensa y el kibutz». A mi padre no le gustó la idea pero, como quería ser un verdadero liberal, se conformó con comentarme con tristeza: «Los Scouts. Bueno. Está bien. Por qué no. ¿Pero el kibutz? El kibutz es para gente sencilla y fuerte y tú no eres ni muy fuerte ni muy sencillo. Tú eres un niño con aptitudes. Individualista. ¿No es mejor que cuando crezcas sirvas a nuestro querido país con tus aptitudes y no con tus músculos, que por otra parte no están demasiado desarrollados?».

Mi madre ya estaba lejos. Ya estaba de espaldas a nosotros.

Y mi padre tenía razón. Por tanto, por aquellos días empecé a obligarme a comer el doble y a fortalecer mis débiles músculos con carreras y ejercicios gimnásticos.

Al cabo de tres o cuatro años, después de la muerte de mi madre y del segundo matrimonio de mi padre, ya en el kibutz Hulda, un sábado a las cuatro y media de la madrugada, le conté a Efraim Avneri lo de Begin y el verbo «cojer». Nos habíamos levantado a aquella hora para ir a recoger manzanas a la plantación. Yo tenía unos quince o dieciséis años. Efraim Avneri, como el resto de los fundadores del Hulda, tenía unos cuarenta y cinco, pero a él y a sus compañeros los llamábamos –y hasta ellos mismos lo hacían– «los viejos».

Efraim escuchó la historia, sonrió, parece que le costó entender dónde estaba la gracia, pues él también pertenecía a la generación para la que ese término designaba sólo algo relacionado con tanques y cañones.

–Ah, sí, entiendo –dijo pasado un rato–, Begin se refería a las armas y tú lo entendías como lo usan en jerga. Realmente es divertido. Pero, escucha, mi joven amigo –los dos estábamos recolectando pegados el uno al otro, en dos escaleras, a ambos lados del árbol, pero las hojas nos tapaban, por lo que hablábamos durante el trabajo sin vernos–, al parecer te has perdido lo esencial. Lo que es realmente

divertido de ellos, de Begin y todo su ruidoso cortejo, no es que utilicen el verbo «cojer» sino que utilicen palabras, cualquier palabra. Lo dividen todo en «diaspórico pisoteado» por un lado y «hebreo viril» por otro. Y no se dan cuenta de hasta qué punto esa división es diaspórica. De hasta qué punto todo su apego infantil a los ejércitos, a las paradas militares, a la agresividad vacía y a las armas les viene directamente del gueto.

Y después, con una gran sorpresa por mi parte, Efraim continuó diciendo:

–En el fondo es una buena persona, ese Begin. Un completo demagogo, sí, pero no un fascista ni un sanguinario. En absoluto. Al contrario: es bastante blando. Mil veces más blando que Ben Gurión. Ben Gurión está esculpido en piedra, y Menahem Begin está hecho de cartón. Y es tan anticuado, Begin. Es tan anacrónico. Una especie de estudiante de una escuela talmúdica que se ha vuelto escéptico y cree que si nosotros, los judíos, empezáramos de pronto a reírnos a carcajadas ya no seríamos en absoluto como antes, ya no seríamos ovejas llevadas al matadero, ya no seríamos pálidos y enclenques sino todo lo contrario, seríamos peligrosos, seríamos lobos amenazantes y terribles; que, sólo con que nos riéramos así, las auténticas fieras depredadoras se espantarían ante nosotros y nos darían cuanto deseáramos, toda la tierra para nosotros solos, que nos dejarían quedarnos con todos los lugares santos, engullir Transjordania y ganarnos con eso el respeto y el beneplácito de todo el mundo ilustrado. Ellos, Begin y sus compañeros, hablan de la mañana a la noche de la fuerza, pero aún no tienen ni la más remota idea de lo que es la fuerza, de qué está hecha, de cuáles son las debilidades de la fuerza. Pues la fuerza también tiene una parte de peligro terrible para quien la posee. El desgraciado de Stalin dijo una vez que la religión es el opio de los pueblos, ¿no? Así pues, escúchame: yo te digo que la fuerza es el opio de los poderosos. Y no sólo de los poderosos. La fuerza es el opio de toda la humanidad. La fuerza es la tentación del diablo, me atrevería a decir, si creyese en la existencia del diablo. Y, de hecho, creo un poco. Así pues, ¿dónde estábamos? (Efraim y algunos de sus compañeros procedentes de Galitzia pronunciaban con un acento especial «así pues»), sí, estábamos en la historia de Begin y tu gran risotada. Tú, mi joven amigo, te reíste ese día en aquella reunión revisionista por una razón equivocada. Te reíste porque usó un verbo que puede significar dos cosas bien distintas. Bueno. Y qué. ¿Sabes de qué tendrías que haberte reído? ¿Hasta que temblara el suelo? Te voy a decir de qué. No te tenías que haber reído de ese «cojer» que dijo sino de que Menahem Begin, al parecer, piensa realmente que si él fuera el primer ministro, de inmediato todos, el mundo entero,

dejarían de apoyar a los árabes e irían corriendo a ponerse de nuestro lado. ¿Por qué? ¿Por qué iban a hacer eso? ¿Por sus bonitos ojos? ¿Por su brillante locuacidad? ¿Por la memoria de Jabotinsky tal vez? Realmente tendrías que haberte reído allí a carcajadas porque justo esa misma política hacían los ociosos en nuestros *shtetl*. Tras la estufa de la escuela talmúdica se pasaban todo el día haciendo ese tipo de política. Moviendo el pulgar la hacían: «Lo primero de todo será mandar una delegación al zar Nicolás, una delegación importante que le hable bien y prometa al zar solucionarle lo que Rusia más desea, una salida al Mediterráneo. Después le pediremos al zar que, a cambio, le hable bien de nosotros a su amigo el káiser Wilhelm, que influya en el káiser para que ordene a su buen amigo, el sultán de Turquía, que de inmediato entregue a los judíos sin *taynes* ni *maynes* (quejas ni réplicas) toda Palestina, desde el Éufrates hasta el Nilo. Sólo después, cuando nos hayamos asegurado de una vez por todas la redención completa, podremos decidir como queramos si el Ponia (así llamábamos al zar Nicolás) se merece que cumplamos nuestra promesa y le concedamos una salida al Mediterráneo o no». Si ya has terminado ahí, vamos a vaciar las bolsas al contenedor y pasemos al siguiente árbol. Y de paso comprobaremos si Alek o Alioshka se han acordado de traer una jarra de agua o si también nosotros tendremos que ir a reclamar al zar Nicolás.

Un año o dos más tarde, los alumnos de décimo curso ya participaban en la vigilancia nocturna del kibutz: en el curso de instrucción militar, aprendimos a usar un arma. Eran las noches de fedayines y de represalias anteriores a la campaña del Sinaí de 1956. Casi cada noche los fedayines atacaban una colonia agrícola, un kibutz o los suburbios de alguna ciudad, dinamitaban casas con sus habitantes dentro, disparaban o arrojaban granadas de mano por las ventanas de los bloques de viviendas y a su paso dejaban todo sembrado de minas.

Cada diez días me tocaba hacer el turno de guardia a lo largo de la valla del kibutz, que estaba a unos cincuenta kilómetros de la línea de alto el fuego israelí-jordana de Latrun. Cada hora me escabullía durante unos instantes, contraviniendo las órdenes, para ir al desierto barracón del centro cívico y oír las noticias. La retórica santurrona y heroica de una sociedad asediada dominaba aquellas transmisiones, del mismo modo que dominaba nuestra educación kibutziana: «Rodeamos con una guirnalda la hoz y la espada», «Se entonará una canción en honor a los soldados desconocidos», «Han tomado las montañas de Efraim/ una

joven víctima más», «El filo de la espada enemiga espera a las puertas». Nadie utilizaba entonces la palabra «palestinos»: se les llamaba «terroristas», «fedayines», «enemigos» o «refugiados árabes sedientos de venganza».

Una noche de invierno, tuve que hacer guardia con Efraim Avneri. Con botas, abrigados con viejos anoraks y gorros de lana que picaban, caminábamos por el barro a lo largo de la valla, por detrás de los almacenes y el establo. Un fuerte olor a cáscaras de naranja fermentadas, que se usaban para el ensilado, se mezclaba con otros olores campestres, estiércol de vaca, paja mojada, vapor caliente del corral, polvo de plumas del gallinero. Le pregunté a Efraim si, en la guerra de la Independencia o en los sucesos de los años treinta, había tenido ocasión de disparar y matar a alguno de esos asesinos.

No podía ver la cara de Efraim en la oscuridad, pero cierta ironía rebelde, cierta tristeza sarcástica y extraña había en su voz cuando me contestó, tras un breve silencio reflexivo:

–¿Asesinos? ¿Pero qué esperas de ellos? Desde su punto de vista, nosotros somos extraterrestres que hemos aterrizado aquí y hemos invadido su tierra, poco a poco hemos ido apoderándonos de ella y, mientras les asegurábamos que habíamos venido para ayudarlos, para curarles la tiña y el tracoma, para liberarlos del atraso y la ignorancia y del yugo de la opresión feudal, con artimañas nos íbamos quedando con su tierra pedazo a pedazo. Así pues, ¿qué pensabas? ¿Que nos iban a agradecer nuestra bondad? ¿Que iban a salir a recibirnos con tambores y máquinas fotográficas? ¿Que nos iban a entregar respetuosamente las llaves de todo el país sólo porque nuestros antepasados estuvieron aquí alguna vez? ¿Qué tiene de raro que se hayan alzado en armas contra nosotros? Y ahora que les hemos causado una derrota aplastante y cientos de miles viven en campos de refugiados, ¿qué quieres?, ¿esperas, tal vez, que compartan nuestra alegría y nos deseen lo mejor?

Me quedé atónito. A pesar de que ya me había alejado mucho de la retórica del Jerut y de la familia Klausner, aún no era más que un dócil producto de la realidad sionista. Las palabras nocturnas de Efraim me espantaron e incluso me hicieron enojar: por aquellos días un pensamiento de ese tipo se consideraba una traición. Estaba tan asombrado y asustado que repliqué a Efraim Avneri con una queja mordaz:

–Si es así, ¿por qué vas por aquí con un arma? ¿Por qué no te vas del país? ¿O tomas el arma y te pasas a luchar a su bando?

En la oscuridad oí su risa triste:

–¿A su bando? Pero en su bando no me quieren. En ninguna parte del mundo me quieren. Nadie en el mundo me quiere. Ésa es la cuestión. Parece que en todos los países hay demasiados como yo. Sólo por eso estoy aquí. Sólo por eso llevo un arma, para que no me echen también de aquí. Pero no usaré la palabra «asesinos» para hablar de los árabes que han perdido sus pueblos. De ninguna manera, no usaré a la ligera esa palabra para referirme a ellos. Con respecto a los nazis, sí. Con respecto a Stalin, también. Y con respecto a todos los saqueadores de tierras ajenas.

–¿Pero no se deduce de tus palabras que nosotros aquí también somos saqueadores de tierras ajenas? ¿Qué pasa?, ¿es que no estábamos aquí hace dos mil años? ¿No nos expulsaron de aquí a la fuerza?

–Es muy sencillo –dijo Efraim–: si no es aquí, ¿dónde está la tierra del pueblo judío? ¿Debajo del mar? ¿En la luna? ¿O es que sólo el pueblo judío, entre todos los pueblos del mundo, no se merece una pequeña patria?

–¿Y qué pasa porque se la hayamos quitado a ellos?

–Tal vez hayas olvidado que, casualmente, ellos intentaron matarnos a todos en el ‘48. En el ‘48 hubo una guerra terrible y ellos mismos fueron quienes plantearon la cuestión en términos de o ellos o nosotros, y nosotros vencimos y les quitamos las tierras. ¡No hay que enorgullecerse de ello! Pero si ellos nos hubiesen vencido en el ‘48, habría que enorgullecerse mucho menos: ellos no habrían dejado con vida ni a un solo judío. Y realmente en todo su territorio no vive hoy día ni un solo judío. Pero ésta es la cuestión: como les quitamos lo que les quitamos en el ‘48, ahora ya tenemos. Y como ahora ya tenemos, no debemos quitarles más. Se acabó. Ésta es toda la diferencia entre tu señor Begin y yo: si algún día les quitamos más, ahora que ya tenemos, sería un grave pecado.

–¿Y si dentro de un momento aparecen aquí los fedayines?

–Si aparecen –suspiró Efraim–, tendremos que tirarnos aquí mismo al suelo, en el barro, y disparar. Y nos esforzaremos mucho en disparar mejor que ellos y más

deprisa que ellos. Pero no les dispararemos porque sean un pueblo de asesinos, sino por la sencilla razón de que también nosotros tenemos derecho a vivir, y por la sencilla razón de que también nosotros tenemos derecho a tener un país. No sólo ellos. Y ahora, por tu culpa, me siento como Ben Gurión. Si me perdonas, me voy a ir un rato al establo a fumarme un cigarro en silencio y, mientras tanto, vigila bien. Vigila por los dos.

CAPÍTULO 53

Pocos años después de esa conversación nocturna, ocho o nueve años después de la mañana en que Menahem Begin y su tropa me perdieron en el cine Edison, conocí a David Ben Gurión. Por aquella época era primer ministro y ministro de Defensa, pero sobre todo era considerado por muchos «el primero de su generación», el fundador del Estado, el gran vencedor en la guerra de la Independencia y en la campaña del Sinaí. Sus adversarios le tenían un odio feroz y se burlaban del culto a la personalidad que lo rodeaba, mientras que sus admiradores veían en él al «padre de la nación»: una especie de combinación prodigiosa entre el rey David y Judas macabeo, George Washington, Garibaldi, un Churchill judío e incluso un mesías del Dios omnipotente.

El propio Ben Gurión se veía a sí mismo no sólo como un político sino también –y quizás sobre todo– como un pensador y un guía espiritual: estudió de forma autodidacta griego clásico para poder leer las obras de Platón en el idioma original, ojeó a Hegel y a Marx, se interesó por el budismo y por las filosofías orientales, procuró profundizar en Spinoza e incluso se consideraba un spinoziano convencido. (El filósofo Isaías Berlin, un hombre con una mente afilada como una cuchilla a quien Ben Gurión reclutaba, siendo ya primer ministro de Israel, para que lo acompañase cada vez que salía a buscar libros de filosofía en las grandes librerías de Oxford, me dijo una vez: «Ben Gurión perdió la cabeza por lo mucho que deseaba ser considerado un intelectual. Ese deseo provenía de dos errores: el primero, que Ben Gurión creía, erróneamente, que Hayyim Weizmann era un intelectual. El segundo, que también se confundía al considerar a Jabotinsky un intelectual». Así, sin piedad, Isaías Berlin mató a tres respetables pájaros de un tiro.)

De vez en cuando el primer ministro Ben Gurión se tomaba la molestia de llenar los suplementos semanales de *Davar* de largos ensayos sobre cuestiones filosóficas. Un día, en enero del '61, publicó un artículo donde sostenía que la igualdad entre los hombres es imposible, aunque puede haber entre ellos cierta solidaridad.

Yo, que ya me consideraba un defensor de los valores del kibutz, escribí y envié a *Davar* una breve réplica donde sostenía, con educación y respeto, que el

compañero Ben Gurión no tenía razón¹¹³. Cuando apareció el artículo hubo una gran conmoción en el kibutz Hulda. Los compañeros estaban indignados por mi desfachatez: «¿Cómo te atreves a contradecir a Ben Gurión?».

Tan sólo cuatro días más tarde se me abrieron las puertas del cielo: el padre de la nación bajó por un momento de las alturas y se dignó a publicar en *Davar* un largo y amable ensayo como respuesta a mi artículo, un texto que ocupaba varias columnas y que estaba destinado a defender la opinión del «primero de su generación» ante las objeciones de la insignificante brizna de hierba¹¹⁴.

Los mismos compañeros de Hulda que el día anterior querían mandarme a un reformatorio por mi insolencia estaban ahora radiantes de felicidad y se apresuraron a felicitarme con apretones de mano y palmaditas en el hombro: «¡Ya estás preparado! ¡Ya has pasado a la posteridad! ¡Tu nombre aparecerá algún día en el índice de las obras completas de Ben Gurión! ¡Y también el nombre del kibutz Hulda estará allí, gracias a ti!».

Pero la era de los milagros no había hecho más que empezar con la publicación de aquel artículo.

Un día o dos más tarde llegó un aviso telefónico.

No me llegó a mí –nosotros aún no teníamos teléfono en nuestras pequeñas habitaciones–, sino a la oficina de la secretaría del kibutz. Bella P., una veterana que estaba en ese momento en la oficina, llegó corriendo, alterada y pálida como una hoja de papel, atónita como si acabase de ver los carros de los dioses envueltos en una columna de fuego, y me informó, con labios exangües, que la secretaria del primerministroyministrodedefensa me pedía que estuviese mañana temprano, a las seis treinta en punto, en el despacho del ministro de Defensa, en Tel Aviv, para un encuentro privado con el primerministroyministrodedefensa, era una invitación personal de Ben Gurión. Las palabras «primerministroyministrodedefensa» las pronunciaba Bella P. como si dijese Diosbendito.

¹¹³ N. del A.: David Ben Gurión, «Reflexiones», *Davar*, 27 de enero de 1961; Amos Oz, «La solidaridad no es un sucedáneo de la igualdad», *Davar*, 20 de febrero de 1961.

¹¹⁴ N. del A.: David Ben Gurión, «Reflexiones ulteriores», *Davar*, 24 de febrero de 1961.

Me llegó el turno de palidecer: en primer lugar, aún llevaba uniforme, era un soldado en activo, sargento mayor del ejército, y temía haber transgredido algún reglamento o alguna ley por haber iniciado una disputa ideológica en las páginas del periódico con el jefe del Estado Mayor. En segundo lugar, aparte de las pesadas y rígidas botas militares no tenía otros zapatos. ¿Cómo me iba a presentar ante el primer ministro y ministro de defensa? ¿En sandalias? En tercer lugar, no tenía forma alguna de llegar a Tel Aviv a las seis y media de la mañana: el primer autobús desde el kibutz Hulda a Tel Aviv salía a las siete y como muy pronto llegaba a las ocho y media a la estación.

Por tanto, me pasé toda la noche rezando en silencio para que ocurriese alguna tragedia: una guerra, un terremoto, un ataque al corazón, a él o a mí, daba igual.

Y a las cuatro y media volví a sacar brillo, por tercera vez, a mis rígidas botas militares, me las puse y me las ajusté bien. Me vestí con unos pantalones caqui de paisano, bien planchados, una camisa blanca, un sweater y una campera y salí a la carretera. De milagro conseguí llegar haciendo autostop al despacho, que no estaba en el monstruoso edificio cubierto de antenas del ministerio de Defensa, sino en el patio trasero del mismo, dentro de una pequeña casa de estilo bávaro, una casa de campo agradable e idílica de dos modestas plantas y tejas rojas, cubierta por completo por una enredadera verde, construida en el siglo XIX por laboriosos alemanes de la orden de los Templarios, que fundaron una tranquila colonia agrícola en las arenas del norte de Yafo y acabaron siendo expulsados por los británicos al estallar la Segunda Guerra Mundial.

El amable secretario no se dio cuenta de mis temblores ni de mi nudo en la garganta, y se preocupó de instruirme con una calidez casi íntima, como entablando relación conmigo a espaldas de la divinidad que estaba en la habitación contigua:

–El viejo –empezó a decir utilizando el cariñoso apodo popular puesto a Ben Gurión cuando aún tenía cincuenta años–, el viejo, comprendes, él, cómo decirlo, tiende en los últimos tiempos a dejarse arrastrar por las largas conversaciones filosóficas. Pero su tiempo, seguro que puedes imaginártelo, es máspreciado que el oro. Aún dirige personalmente casi todos los asuntos de Estado, empezando por los preparativos para la guerra y las relaciones con las grandes potencias, y terminando

por la huelga de carteros. Tú, por supuesto, tendrás el tacto de retirarte amablemente pasados unos veinte minutos para que podamos salvar como sea su agenda del día.

No había nada en el mundo que quisiese más que «retirarme amablemente», y no pasados veinte minutos sino ya. De inmediato. En ese instante. El hecho de pensar que el omnipotente en persona estaba ahí, en carne y hueso, él y no un ángel, él y no un mensajero, justo detrás de esa puerta gris y que pronto caería en sus manos, casi hizo que me desmayara de miedo y veneración.

Hasta tal punto, que al secretario no le quedó más remedio que empujarme por detrás, con las dos manos, hacia dentro, hacia el sanctasanctorum.

La puerta se cerró detrás de mí, desde fuera, y yo me quedé allí como paralizado, apoyado en la puerta por la que me habían metido en la habitación y temblándome las rodillas. La oficina del rey David no era más que una habitación normal, asombrosamente austera, no mucho más grande que las humildes habitaciones del kibutz. Enfrente de mí había una ventana cubierta por una cortina rústica que añadía algo de luz natural a la luz de una lámpara corriente. Dos armarios de oficina metálicos estaban dispuestos a ambos lados de la ventana. Y un amplio escritorio presidía el centro de la habitación ocupando casi un cuarto del espacio: estaba cubierto por un cristal y encima había tres o cuatro pilas de libros, cuadernos, periódicos, revistas, papeles y clasificadores, algunos abiertos y otros cerrados. Dos sillas metálicas de estilo burocrático estaban colocadas a ambos lados del escritorio, unas sillas grisáceas como las que se podían ver en aquella época en cualquier oficina gubernamental o militar, y que siempre llevaban grabado por la parte de dentro el sello: «Propiedad del Estado de Israel». No había otras sillas excepto esas dos. Ocupando toda la pared, desde el techo al suelo y desde un ángulo a otro, había un mapa gigantesco de todo el Mediterráneo y Medio Oriente, desde el estrecho de Gibraltar hasta el golfo Pérsico. Israel, pequeña como un sello, estaba marcada con una gruesa línea en aquel mapa de vastas dimensiones. Y tres estantes atestados de libros se extendían a lo largo de otra pared, como si alguien pudiese tener de repente una urgente avidez de lectura imposible de aplazar.

Entre las paredes de ese despacho, sencillo hasta rozar el ascetismo, iba y venía con pasos cortos y rápidos, las manos cruzadas a la espalda, la mirada hacia el suelo, la cabeza grande inclinada y dirigida hacia delante como para embestir, un hombre que era idéntico a Ben Gurión pero que de ninguna manera podía ser Ben

Gurión: todos los niños del país, incluso los de las guarderías, sabían en aquella época, y hasta dormidos, cómo era Ben Gurión. Pero como aún no había televisión, para mí era evidente que el padre de la nación era un gigante que llegaba hasta las nubes. Mientras que ese farsante era un hombre rechoncho, bajo y regordete, con cuerpo de mujer embarazada, que medía menos de un metro sesenta.

Me quedé atónito. Casi me sentí ofendido.

Y a pesar de todo, durante el silencio imperturbable que reinó en la habitación durante dos o tres minutos eternos, mientras yo seguía pegado a la puerta con temor, devoré con los ojos la extraña e hipnótica presencia de ese hombre pequeño, potente y agarrotado, medio abuelo rústico y robusto medio enano fuerte y vetusto, que caminaba de pared a pared con paso tenaz, inquieto, con las manos a la espalda, la cabeza hacia delante como para derribar muros de piedra invisibles, inmerso en sus pensamientos, distante, sin molestarse en hacer el más mínimo gesto que indicase que se había percatado de que alguien, algo, una mota de polvo flotando en el aire, una pálida y temblorosa brizna de hierba, había sido arrojado a su despacho. Unos setenta y cinco años tenía entonces David Ben Gurión, y yo, algo más de veinte.

Tenía una plateada crin profética de pelo blanco que le rodeaba la calva como un anfiteatro. En la base de su gran frente se alargaban dos pobladas cejas canosas, muy juntas, bajo las cuales traspasaban el aire unos ojos pequeños de mirada afilada como una navaja, unos ojos azul grisáceo penetrantes. Tenía una nariz grande, ancha, grosera, impúdica, pornográfica, como las narices de los judíos de las caricaturas antisemitas. Por el contrario, sus labios eran finos como hilos, metidos hacia dentro, pero su mandíbula me pareció desafiante como un puño, una mandíbula de viejo marinero. Su cutis era rojo y granuloso, como si no fuera piel sino carne viva. Debajo de su cuello corto se extendían sus hombros, anchos y fuertes. Su pecho era sólido. La camisa con el cuello abierto dejaba ver un palmo de pecho peludo. Su vientre era muy prominente, salía sin pudor como la giba de una ballena, me parecía macizo, compacto, como hecho de cemento y no de grasa. Pero, sorprendentemente, toda esa majestad terminaba en unas piernas de enano, unas piernas que, si no fuese por temor a blasfemar, se podría decir que eran casi irrisorias.

Me esforcé por respirar lo menos posible. Tal vez en ese momento envidiara a Gregor Samsa, del relato de Kafka, que consiguió empequeñecer y convertirse en un insecto. La sangre huyó de todos los suburbios de mi cuerpo y se ocultó en el hígado.

Las primeras palabras que rompieron el silencio de la habitación llegaron con una voz metálica, aguda y penetrante, una voz que oíamos casi a diario en la radio por aquellos años. Hasta en sueños la oíamos. El omnipotente me lanzó una mirada furiosa y dijo:

–¡Bueno! ¡Por qué no te sientas! ¡Siéntate de una vez!

En un abrir y cerrar de ojos me senté en la silla que estaba delante del escritorio. Erguido como un palo me senté. Pero sólo en el borde de la silla. Apoyarse en el respaldo era simplemente inconcebible.

Silencio. El padre de la nación continuó yendo y viniendo por la habitación, con pasos cortos pero rápidos y vigorosos, como un león enjaulado, o como si hubiese tomado la determinación de no retrasarse. Al cabo de media eternidad dijo de repente:

–¡Spinoza!

Y se calló. Se alejó de mí en dirección a la ventana, se volvió impetuosamente y sentenció:

–¿Has leído a Spinoza? Lo has leído. Pero puede que no lo hayas entendido. Pocos entienden a Spinoza. Muy pocos.

Y así, sin dejar de ir y venir entre la ventana y la puerta, empezó a darme una conferencia matutina bastante larga sobre las enseñanzas de Spinoza.

En medio de la conferencia se abrió una tímida rendija en la puerta: el secretario, humilde, más pequeño que una brizna de hierba, introdujo la cabeza, sonrió, intentó murmurar algo, pero el rugido de un león herido se lanzó contra él:

–¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡No molestes! ¿No ves que estoy manteniendo una de las conversaciones más interesantes que he tenido hace mucho tiempo? ¡Pues vete de una vez!

El pobre desapareció al instante.

Y yo no había pronunciado hasta entonces ni una palabra. Ni una sílaba.

Pero a Ben Gurión, evidentemente, le gustaba disertar sobre Spinoza antes de las siete de la mañana. Y continuó con ello un rato más sin ser molestado.

De pronto, en mitad de la frase, se calló. Se detuvo justo detrás de mí. Casi pude sentir su aliento en mi nuca gélida de terror. Pero no me atreví a darme vuelta. Permanecí sentado, rígido, petrificado, con las rodillas en ángulo recto chocando entre sí y los muslos en ángulo recto con respecto a mi tensa espalda. Sin ningún signo de interrogación en la voz, Ben Gurión me lanzó estas palabras:

–¡No has desayunado!

No esperó a que contestara. No dije ni una palabra.

De repente Ben Gurión desapareció detrás de su escritorio. Se hundió como una gran piedra en el mar. Ni siquiera su crin plateada se divisaba ya.

Y al cabo de unos minutos emergió de nuevo con dos vasos de cristal en una mano y una botella de jugo Pas (una especie de agua coloreada barata) en la otra. Se puso de pie y se sirvió con ímpetu un vaso de jugo hasta arriba. Después también me sirvió a mí y decretó:

–¡Bébetelo!

Me lo bebí todo. Al instante. De un trago y sin respirar. Hasta la última gota.

Él, por su parte, dio dos o tres tragos profundos y ruidosos, tragos propios de un campesino sediento, y retomó su conferencia sobre Spinoza:

–Como spinoziano, te digo sin ninguna sombra de duda, que la esencia de las enseñanzas de Spinoza, Spinoza en dos palabras, se puede resumir en esto: ¡El hombre siempre tiene que conservar la calma! ¡Nunca hay que perder la serenidad! El resto sólo son interpretaciones, argumentaciones y paráfrasis. ¡Ecuanimidad! ¡Tranquilidad en cualquier situación! Todo lo demás, ¡baratijas! (Ben Gurión tenía una inflexión peculiar que casi se convertía en un pequeño grito al llegar a la última sílaba de cada palabra.)

En ese punto ya no pude renunciar a defender la dignidad de Spinoza. Era imposible callarse sin traicionar a mi querido filósofo. Por lo tanto, me armé de valor, pestañee un poco y, milagrosamente, me atreví a abrir la boca en presencia del señor del universo y a murmurar con la boca pequeña:

–La calma y la serenidad efectivamente se encuentran en Spinoza, pero tal vez no sea demasiado exacto decir que sean el fundamento de las enseñanzas de Spinoza. En él también hay...

En ese momento se vertieron sobre mí fuego, azufre y ríos de lava incandescente directamente desde la boca ardiente del volcán:

–¡Llevo toda la vida siendo spinoziano! ¡Desde joven soy spinoziano! ¡La calma! ¡La serenidad! ¡Eso es la esencia de todas las ideas de Spinoza! ¡El corazón de su filosofía! ¡Tranquilidad! ¡En lo bueno y en lo malo, en la desgracia y en la victoria, nunca hay que perder la calma! ¡Jamás!

Sus dos fuertes puños, unos puños de viejo leñador, cayeron de pronto con furia estruendosa sobre el cristal de su escritorio, con tal rudeza que nuestros vasos empezaron a temblar y a castañetear de miedo:

–El hombre nunca debe perder el control –me soltó, como si fuese la tormenta del día del juicio final–. ¡Jamás! ¡Y si no ves eso, no eres digno de ser llamado spinoziano!

Entonces se calmó de golpe la tempestad. Se despejó.

Se sentó en su silla, enfrente de mí, y extendió los brazos a lo largo del escritorio, como pretendiendo abrazar contra su pecho todo lo que había sobre la superficie de cristal que lo cubría. Una luz agradable, una luz conmovedora irradió de él cuando sonrió de pronto con alegría y candidez: no sólo su rostro y sus ojos sonreían, era como si todo su cuerpo cerrado como un puño se hubiera abierto y sonriera con él, y toda la habitación sonriera, incluso el propio Spinoza. Los ojos de Ben Gurión, que en ese momento habían pasado del gris nuboso al azul claro, empezaron a examinarme de arriba abajo sin ningún recato, como si me estuviese palpando con los dedos. Había en él algo similar al mercurio, algo demente,

inquietante. Sus argumentaciones parecían puñetazos. Sin embargo, cuando de repente se iluminó sin previo aviso, el dios vengativo y rencoroso se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en un abuelo vigoroso, radiante de salud y buen humor. En ese momento salió de él una seductora calidez, y por un instante borbotó su carácter cordial, el carácter de un niño alegre, sanguíneo, de un niño despabilado lleno de incansable curiosidad:

–¿Y tú? Tú escribes poemas, ¿no?

Entonces me guiñó el ojo con picardía. Como si hubiese conseguido tenderme una pequeña y simpática trampa. Como si hubiese ganado la partida.

Volví a quedarme atónito: hasta ese momento sólo había publicado dos o tres poemas malos en revistas desconocidas del movimiento kibutziano (ojalá ya se hayan convertido en polvo junto con mis lastimosos versos).

Pero al parecer Ben Gurión había visto alguna vez esos poemas: decían que solía hojear todo lo que se publicaba: revistas de huertos y jardines. Fascículos de aficionados al ajedrez y amantes de la naturaleza. Estudios de agronomía. Boletines de estadística. Era un curioso insaciable.

Y al parecer también tenía una memoria absoluta: lo que veía una vez, no lo olvidaba nunca.

Balbucí algo.

Pero el primer ministro y ministro de Defensa no se detuvo a escuchar. Su espíritu inquieto estaba ya en otra cosa. Después de haber explicado de una vez por todas, con un golpe aplastante, todo lo que aún no había sido esclarecido de las enseñanzas de Spinoza, pasó a sermonearme con gran fervor sobre otros temas: el descenso del fervor pionero en nuestra juventud. La nueva poesía hebrea, que se dedicaba a extraños experimentos de todo tipo en vez de abrir los ojos y cantar sobre los prodigios que se producían cada día ante nuestros ojos: ¡El renacer del pueblo! ¡El renacer de nuestra lengua! ¡El renacer del desierto del Néguev!

Y de repente, otra vez sin previo aviso, en mitad de su fluido monólogo, casi a mitad de una frase, se cansó.

Por tanto, se levantó de su silla de un salto, como un cañonazo, y me hizo levantar también a mí, y mientras me empujaba hacia la puerta –realmente me empujó con sus dos fuertes manos, igual que había tenido que hacer su secretario unos tres cuartos de hora antes para hacerme entrar–, Ben Gurión dijo con gran cordialidad:

–Es bueno charlar. Muy bueno. ¿Y qué has leído últimamente? ¿Qué lee ahora la juventud? Por favor, ven a verme siempre que estés en la ciudad. ¡De verdad, ven, no temas!

Y mientras me empujaba hacia la puerta, con mis rígidas botas militares y mi camisa blanca de fiesta, siguió exclamando en tono alegre:

–¡Ven a verme! ¡Ven a verme! ¡Mi puerta está abierta para ti!

Más de cuarenta años han pasado desde aquella mañana spinoziana en el austero despacho de Ben Gurión. Desde entonces he tenido ocasión de conocer a distintas personalidades, entre ellas a dirigentes políticos y a personajes fascinantes e incluso mágicos. Pero nadie me ha causado una impresión tan fuerte por su presencia física y su determinación electrizante. Ben Gurión tenía, al menos aquella mañana, una energía hipnotizadora.

Tenía razón Isaías Berlin en su cruel diagnóstico: Ben Gurión, a pesar de Platón y de Spinoza, no era un intelectual. Estaba muy lejos de serlo. Creo que era una especie de campesino visionario. Había algo ancestral en él. Algo que no pertenecía a esta era. Una espontaneidad casi bíblica. Una determinación similar al latigazo de un rayo láser. Ya en su triste infancia en el *shtetl* de Plonsk, al este de Polonia, Ben Gurión tenía al parecer dos ideas elementales: que los judíos debían volver a fundar su Estado en Eretz Israel y que él era la persona apropiada para dirigirlos. Durante toda su vida no se apartó nunca de esas dos decisiones de la infancia. Para él, todo estaba supeditado a eso.

Era una persona directa y cruel y, como todos los visionarios, no se detenía a evaluar los costos. O quizás se detenía un instante y de inmediato respondía: cueste lo que cueste.

Durante toda mi infancia, entre los Klausner y el resto de los adversarios de la izquierda que vivían en el barrio de Kerem Abraham, no dejaron de repetirme que todos los males del pueblo procedían de Ben Gurión. En el entorno en el que crecí él era «el hombre malo». La encarnación de todas las plagas del gobierno de la izquierda.

Siendo adulto, sin embargo, me opuse a él desde la dirección contraria, desde la izquierda. Como muchos ilustrados israelíes de mi generación, yo consideraba a Ben Gurión –aun en los días del caso de Lavón– una personalidad casi despótica, y me repugnaba su mano dura con los árabes durante la guerra de la Independencia y en la época de los actos de represalia. Sólo en los últimos años he empezado a leer sobre él y a dudar: tal vez yo no tenía razón.

Todo tiene una doble cara.

Y de pronto, mientras escribo las palabras «su mano dura», vuelvo a ver con absoluta claridad, casi palpablemente, la mano velluda de Ben Gurión tomando el vaso de jugo barato del que se sirvió a sí mismo antes de servirme a mí. El vaso también era barato, de cristal grueso. Gruesos y cortos eran sus fuertes dedos, que agarraban el vaso como si fuese una granada de mano. Yo estaba aterrado: en aquel momento temía que si cometía el error de decir una palabra que lo pusiese furioso, Ben Gurión levantaría al instante el brazo y me arrojaría todo el contenido del vaso a la cara. O estamparía el vaso contra la pared. O apretaría los dedos y lo haría pedazos. Tal era su terrible forma de tomar aquel vaso. Hasta que se calmó y me reveló que conocía mis intentos de escribir poesía, entonces sonrió, estaba disfrutando al ver mi estupefacción, y por un instante me pareció casi un bufón, contento por el éxito de su pequeña travesura, que ya estaba pensando en lo que iría a continuación.